



Otro mundo es posible

ELIZONDO
5 de octubre de 2007



Itinerarios para la solidaridad

Javier Baeza

Antes de nada tenemos que situarnos en los contextos de pobreza y exclusión social existente en medio de este nuestro primer mundo. Esos que hemos dado en llamar “**cuarto mundo**”, donde el crecimiento de la exclusión se debe a una injusticia que deja en la cuneta no a unas grandes mayorías, pero sí a ciertos sectores “deprimidos” que no tienen la posibilidad de participar en los fragmentos sociales de inclusión y normalización social.

Estos colectivos -“**el cuarto mundo**”- los formarían hoy los parados de larga duración, los jóvenes enganchados a las drogas y ciertos expresos, los enfermos desarrollados de SIDA, las mujeres dedicadas a la prostitución, los hijos de familias pobres, los emigrantes sin recursos (que no significa sin preparación), los menores no acompañados, los niños presos...

Es esta la realidad desde la que queremos situarnos.

Con sus retos y conflictos, es una realidad dura, pero muy humanizadora para los que hemos tenido la gracia de que la vida nos haya situado cercanos a ella. Digo humanizadora porque cuando estás junto a estas personas, lo único de lo que no les hemos desposeído, lo que les queda, es la vida en toda su crudeza, lo humano, la dignidad.. Otra cuestión es como se presenta ésta. No siempre de maneras educadas, ni tan siquiera gratificantes. Pero es que, sabéis, el sufrimiento abre muchas heridas, curables, pero lentamente cicatrizables.

Por todo esto si os parece nos adentramos en un brevísimo análisis sobre la situación en la que nos podemos encontrar muchos ciudadanos con ánimo solidario, para después proponer una excursión que nos aporte ideas de por

dónde y cómo transitar este descenso a los “infiernos” que viven muchas personas a nuestro alrededor.

- Situación actual. Intentando analizar cuáles puedan ser las claves actuales desde las que nos estamos moviendo.
 - Cansancio de haber perdido “el lugar del otro”. Tenemos que recuperar los “espacios” privilegiados de encuentro y socialización: **La calle**. Aquí es donde se cuece la vida de nuestros chavales. Por eso es necesario situarnos siempre en el lugar de la persona que vive en la exclusión, que no es otra cosa que apostar por lo humano. En ocasiones acabamos poniendo por encima de quienes decimos servir y atender, los programas e intervenciones de nuestros “programas”. Hay que dejar brotar la vida más que encauzarla de antemano.
 - Expectación por las nuevas formas de vincularnos. Hay un exceso de criminalización de todo, especialmente de lo “otro” y más cuando esto otro es desconocido. Creo que tenemos que ser más “valientes”, perder los miedos que hacen que nos “atrincheremos” en nuestros recursos, seguridad y proyectos. Hay muchos “anunciadores de buenas nuevas” fuera de nuestros templos y plataformas junto a los que tenemos que arrimar el hombro en una misma dirección.
 - Ilusiones por la pasión compartida junto a aquellos que siguen sufriendo la injusticia y quienes desde ellos pretendemos –desde lo pequeño- ofrecer alternativas de acogida y acompañamiento. Sabiendo que estamos en unos momentos sociales cuesta arriba o contracorriente. Compartir la vida nos está llevando a enfrentarnos a la Administración (repatriaciones de menores), a la judicatura (absolución de educadores por AP y condena en costas por TS) e incluso contra la Iglesia (verano 2006, nos dejan un albergue para ir con chavales “arabes” y resulta que hay un grupo de médicos “cristianos” que necesitan su espacio. Como si los chavales no “ocupasen” espacio). Por esos no tenemos que ser la voz de nadie. No se trata de suplantar

voces, cuanto de ser voceros o altavoces. De ahí que no entendamos un anuncio sin denuncia.

- Camino a emprender. En ocasiones pudiera parecer que todo camino es válido en la acción transformadora de esta sociedad. Seguro que hay muchos y variados caminos. Cualquiera de ellos, como una buena excursión, ha de contener los elementos siguientes.

- Mapas
- Manta
- Cantimplora
- Brújula
- Botas

Por esto lo primero que deberíamos sacar de la mochila de nuestra excursión es precisamente eso: el sentimiento de **Excursión (experiencia)**.

Pretender aproximarme a una realidad tan compleja “cuando pueda”, es no entender que aquellos a quienes quiero acercarme son personas. Resulta difícil establecer alguna relación personal con alguien a base de “ratos” que me dejen libres mis múltiples e importantísimas ocupaciones. Los tiempos son la piedra angular de nuestro viaje. Sin ocasión de encuentro, éste no se produce.

Otro elemento fundamental para las excursiones, quizás un poco inútil para este viaje, serán los planos, **los mapas**. Acercarme al cuarto mundo, a esas personas –con sus rostros personales y sus historias- desde planteamientos, programas o instituciones cerradas será muy difícil. Sin caer en el absurdo planteamiento del “aquí y ahora, tal como se nos ocurra”. Tenemos que tener presente que las personas son la razón fundamental de nuestro camino y no cumplir “eficazmente” el plan determinado.

En la mochila de nuestro viaje solemos añadir, aunque muchos no acabamos de saber cómo manejarlos con ella, una **brújula**. El norte es el lugar geográfico desde el que orientamos nuestras excursiones. Pues bien, en nuestro viaje, el norte vendrá señalado por aquellos a quienes queremos acercarnos para llevar buenas noticias. Son aquellos que habitualmente las reciben malas. No son planteamientos ideológicos, religiosos, institucionales, humanitarios los que darán sentido a nuestro caminar. Sólo la vida ajena

deteriorada asumida como vida compartida, es la que puede orientarnos hacia esa Utopía de Esperanza que sería un mundo de justicia y fraternidad.

La manta tampoco ha de faltar en la mochila. Suele haberlas de muchas medidas, modelos y calidades. En nuestro viaje tendremos que asumir el hecho de la intemperie. Quizás es éste un hecho que se nos pasa por alto contemplar y me parece muy importante a la hora de ponernos en camino. Acercarnos a quien se vive des-protegido suele provocar ciertos movimientos compulsivos de gratificaciones, directas o indirectas, por parte de quien se siente encontrado, acompañado, arropado. Estas mantas de “afectividad” con que el cuarto mundo suele regalarnos son peligrosas si no somos capaces de vivirlas desde la libertad y la gratuidad absoluta. Cuando son mantas afectivas “gratas” puede provocar en nosotros actitudes de “buenos samaritanos” que lo damos todo a quien nada tiene ni puede (nos convertimos en poderosos).

Cuando son mantas afectivas “ingratas” pueden provocar nuestro repliegue hacia posturas no humanizadoras, anteponiendo los “esquemas” y los “perfiles de los usuarios” a las historias de vida con que estas personas nos quieren abrazar. Por todo esto me parece oportuno señalar la importancia de los afectos “sanamente” compartidos: ni todo poder, ni paternalismo. Cariño entrañable que da seguridad.

También **las botas** son necesarias para cualquier excursión que se precie. En el viaje dispuesto hemos de tener clara conciencia que en el transcurso del mismo no sólo implicamos una ideología (el ser), o una identidad (el tener). También ponemos en juego nuestro “estar”. No valen cualesquiera lugares desde el que acercarnos a aquellos que la misma sociedad excluye. Se nos olvida con facilidad conjugar el verbo “estar”. Los lugares desde donde pretendamos acercarnos serán referentes válidos o no para aquellos a quienes queremos encontrar. La vulnerabilidad no se puede acoger desde el poder. Tenemos que hacernos referentes de vidas truncadas desde la igualdad – horizontalidad - simetría. Asumiendo nuestras propias vulnerabilidades. Si ya las causas de exclusión son generadas por situaciones

o políticas asimétricas, nunca el acercamiento podremos establecerlo desde lugares no simétricos.

Y como no, imposible olvidar la **cantimplora** en la mochila. Las motivaciones para querer acercarnos al mundo marginal serán variadas. Las fuentes desde las que establecer nuestra futura identidad, nos la irá diseñando el encuentro recíproco con aquellos que nada tienen. No puedo deslindar la Fe en el Dios de Jesús, de la fe en el ser humano. En las posibilidades de dignidad que vayamos juntos encontrando, descubriremos el rostro posibilista del propio Dios. No un Dios que se satisface por lo logrado, sino un Dios capaz de mantener la esperanza en tensión por aquello que es posible lograr.

Es importante también apuntar algunos retos que este itinerario nos plantea:

Lo primero es que **“hay que salir, antes de entrar”**. Lo apuntábamos al inicio, cuando afirmo que tenemos que salir “a su encuentro”. El ejercicio de la solidaridad no puede ser la admiración externa de lo que otros hacen –como el que mira un relicario–, cuanto el compromiso vital y militante por crear espacios de vida y dignidad.

Por tanto lo primero que debiéramos proceder es a “salir”. Salir para encontrarnos con la realidad, para dejarnos “afectar” por lo que les ocurre a los otros, para que otros puedan entrar. No hacer de los grupos lugares de llegada, sino faros del ancho y amplio mar.

El segundo reto sería la **“vinculación”**. Sólo sintiéndonos en marcha con otros, cuales sean sus motivaciones, podremos sentirnos corresponsables de la marcha común de la sociedad. No se trata de defender sólo las causas de aquellos con los que “estamos”. Si no de defender la “causa” de la justicia y el derecho. Esta causa nos puede vincular a todos. Reivindicar mis derechos independientemente de los otros, por muy legítimos que estos sean, me imposibilita una lucha por la transformación social de la realidad que vaya creando lazos de solidaridad y estructuras de justo desarrollo.

El tercero podría ser **“vivir con la diferencia, no todos iguales”**. Una igualdad que no esté traspasada por la justicia social, será una uniformidad que maquille la realidad y mantenga las estructuras generadoras de asimetrías sociales. Desde el justo respeto a los otros, a lo diferente. Desde el convencimiento de que las relaciones entre personas y colectivos pueden ser conflictivas, no renunciar a trabajar a favor de desarrollos personales, siendo capaces de construir unas relaciones de aceptación y responsabilidad mutua que nos haga necesarios a todos. Necesarios desde la justicia social y de posibilidades, no desde el utilitarismo poderoso de que haya pobres para que los ricos podamos ganarnos el cielo o el sustento.

El cuarto sería **“los francotiradores matan, los grupos desarrollan”**. Quiero decir que cualquier acercamiento a la realidad de la marginación y la exclusión hoy, tiene que pasar por la vivencia del trabajo en grupo, desde colectivos no institucionales que posibiliten las implicaciones personales autónomas y libres. El ir de “único” hacedor de bien, acaba socavando a las personas y creando dependencias estériles que dificultan el crecimiento de los individuos.

El quinto podría ser **“con los creyentes mirar a las personas, con quien no cree mirar el corazón”**. Es seguro que la Fe en el ser humano es vinculante para todos y todas. Con quien nos une la fe religiosa, salir a encontrarnos con aquellos que para nosotros son los auténticos Vicarios de Cristo: los pobres.

Y con quien la fe religiosa no tenemos en común, bucear en la interioridad humana donde descubriremos un tesoro grande en humanidad y un compromiso serio a favor de los excluidos.

- Y acabo haciendo una propuesta de acción: **Traficar sueños**. Si los sueños son la antesala de una realidad mejorable, tenemos que soñar para crear, proponer para crecer y romper para transformar.